

## LA DEMOCRACIA DE FONDO

**H**ACE unos días en Radio Nacional de España, en una emisión dedicada a la alta cultura —el Tercer Programa—, cómo un conferenciante explicaba que la mejor manera de contener el impulso sexual de la juventud era obligarla a hacer deporte. Es algo tan incongruente como decir que para contener los impulsos deportivos de la juventud hay que obligarla a practicar las relaciones sexuales, aunque esta solución sería mucho mejor para la vida nacional. Pensar que hace sólo unos días —una semana— se repetía aún con seriedad y con énfasis algo tan desprestigiado y fuera de lugar científico que tuvo su auge hace más de cincuenta años (en Marañón: "Sexo, trabajo y deporte", donde recogía las teorías conservadoras de la sublimación; y ya se sabe que el sexo no se sublima), es absolutamente inquietante. No hay más que ver cómo está el deporte en España. Si de verdad se hubiese sustituido la política por el deporte, el hambre por el deporte, la cultura por el deporte, el deporte sería en España una especialidad. Somos los últimos. Los primeros son los de aquellos países donde el sexo, la cultura y la política no se han sustituido por nada. Porque todo forma parte de un contexto. Pero por algunas razones misteriosas, los hombres del Movimiento tuvieron una confianza casi mágica en el deporte. Todavía no hace mucho tiempo que uno de ellos (un tal Solís, que fue muchos años ministro de varias cosas) pretendía sustituir el latín por el deporte. La idea de sustituir el Movimiento por el deporte no se le ocurrió a ninguno (el Movimiento se ha sustituido por el movimiento).

La inquietud que produce la frase es la de ver que en muchos campos de la expansión de las ideas estamos todavía en manos de viejos oscurantistas que se atienen a fórmulas necias de la sociedad. Viejas y desgastadas fórmulas. En su fondo, hay un odio permanente a la vida. No basta con las urnas, y cada día se ve más que no basta con ellas: el problema está en una impregnación de mitos y falsedades. No es que el pensamiento español se haya estancado: es que ha vuelto atrás. Una editorial publica ahora un libro de Hildegard —la asesinada por su madre, la que ha sido biografiada recientemente por Eduardo de Guzmán y ahora en el cine por Fernán-Gómez, en una película que aún no se ha estrenado— sobre los problemas sexuales de la juventud; tenía dieciséis años cuando lo escribió, antes de la guerra, y cuando estaba en auge el sistema represivo de Marañón; con más de cuarenta años de tiempo transcurrido, ya iba mucho más allá de estas bobadas pseudocientíficas de la sublimación por el deporte.

¿Qué tiempo se necesitará para poner de nuevo al día el pensamiento español? ¿Existirá alguna vez el pensamiento español? ¿Cuántas elecciones legislativas tienen que transcurrir antes? ¿Cuántos ministros de Educación, cuántos de Información, cuántos directores de Tercer Programa tendrán que sucederse en su cargo? ¿Se comprenderá alguna vez que nada se sustituye por nada, nada se contiene por nada?

Son preguntas más bien desalentadoras. Por lo menos para quienes no tenemos ni siquiera la sospecha de cómo se pueden responder. Es muy difícil desterrar la tontería, el error, la ceguera, la superstición, el mito, la mentira cuando se han hecho norma y sistema de un país y cuando nadie parece demasiado interesado en ello.

**POZUELO**

## El "Eurocomunismo" en España

# La distancia del

**D**E la prolongada presentación que hizo José Sandoval del libro de Santiago Carrillo "Eurocomunismo" y Estado, cabría retener en primer término la inclinación a confrontar la redacción de la obra con las circunstancias que en el verano de 1917 acompañaron el nacimiento de El Estado y la Revolución de Lenin. Pero por debajo de los paralelismos formales, peluca y clandestinidad incluidas, Sandoval tendía a poner de relieve algo en lo que después habrá de insitir el propio Carrillo: el pensamiento marxista opera con conceptos históricos, y no es un conjunto de proposiciones fijadas para siempre, que han de proyectarse sin modificación alguna sobre cualquier tiempo y situación. Y, claro es, la coyuntura revolucionaria rusa de 1917, bajo los efectos de la derrota militar, tiene poco que ver con las exigencias de los países industrializados en la Europa occidental de los setenta. Por no hablar de las perspectivas de transformación revolucionaria a corto plazo en la España actual, aplicando sin más el modelo leninista. La orientación "eurocomunista" del PCE tendría en cuenta, por añadidura, el valor positivo y negativo, según los aspectos, de la experiencia soviética. Determinados planteamientos de Lenin sobre la dictadura del proletariado han de revisarse en profundidad, a la vista de unas desviaciones en la construcción del Estado obrero, que el XX Congreso del PCUS sólo hizo apuntar, pero sin corregirlas en absoluto. En especial después del aplastamiento de la experiencia checoslovaca, la integración de la democracia en un modelo de transición al socialismo no significa como antes una subordinación a los planteamientos ideológicos de la burguesía. La democracia es a un tiempo la garantía contra un retroceso a formas políticas autoritarias, mucho más lesivas para los derechos individuales que el Estado parlamentario burgués, y una salvaguarda para las propias fuerzas obreras integradas en el proceso revolucionario (recordemos la destrucción sistemática por Stalin del partido bolchevique).

Sobre estos fundamentos, la revisión eurocomunista intenta adaptarse a las condiciones económicas y políticas de las sociedades europeas occidentales. En este punto pasan a primer plano las posibles divergencias entre las estrategias de los partidos implicados en dicha línea. No son idénticas las circunstancias de un PCI, próximo a alcanzar una posición hegemónica tras décadas de lento progreso en el

sistema político italiano; las de un PC francés, también muy próximo al poder, y las del PC español, trabajosamente salido, apenas hace unos meses, de una larguísima clandestinidad, en la que por añadidura había sido presentado recurrentemente y por todos los medios a disposición de un poder totalitario como el gran enemigo de la colectividad en que habría de insertar su práctica. La solidez de su militancia y el alcance de su implantación en la clase obrera no fueron bazas suficientes para compensar el "handicap" de ese anticomunismo sobrepuesto en tantas capas sociales españolas, del que llegan a participar por otra vía sectores de la "inteligencia" radical inclinados a conciliar formas de existencia burguesa logradas con el "boom" de los sesenta y un verbalismo revolucionario que a nada compromete. La tendencia generalizada a dar lecciones de revolución y de marxismo a la clase obrera (y al PC) ha tenido su expresión última en el juego a que se han entregado algunos periódicos "independientes", resaltando una y otra vez con insistencia cargada de connotaciones peyorativas cada rasgo de "moderación antimarxista" del discurso PC, apoyándose a este fin en un esquema de referencias escolásticas, cuando no en un contraste simplificador respecto a las posiciones del partido en los años cincuenta o sesenta. ¡Aún no se han apagado los ecos de la campaña sobre las "pruebas de democracia" que había de dar el PC, cuando los mismos censores liberales comienzan a exigir pruebas de "marxismo-leninismo".

En definitiva, lo anterior sólo nos interesa en la medida que es un reflejo de las condiciones singularmente difíciles en que se sitúa la acción del PC en España. Pero puede ser el mismo tiempo una explicación de la cautela que guía el discurso de Carrillo en las páginas de "Eurocomunismo" y Estado. En su disertación del Eurobuilding, explicaría el secretario general del PCE que muchas insuficiencias de su libro pueden achacarse a las condiciones de su redacción, en la clandestinidad forzada de 1976, truncándose además su trabajo con la detención de diciembre. Muchos temas quedaron entonces en simple esbozo. Pero, a nuestro juicio, hay algo más. Comparando la línea argumental del libro de Carrillo con un estudio paralelo elaborado por tres dirigentes del PCF (Les communistes et l'état, de J. Fabre, F. Hincker y L. Séve), y salido a la luz pública por las mismas fechas,

A. ELORZA

destacan dos planos en los que la ventaja del segundo es clara. Ante todo, se echa en falta en las páginas de Carrillo un análisis del funcionamiento del capitalismo monopolista de Estado en la formación social española, comparable al que utilizan los teóricos franceses.

Cierto que no han sido las mismas las posibilidades de trabajo de los intelectuales marxistas en Francia y en la España de los setenta, pero el desfase observable constituye en sí mismo una invitación a seguir los caminos de los partidos comunistas de Francia e Italia en cuanto a la institucionalización de centros de estudio e investigación que habrán de servir de base a las construcciones teóricas. En un segundo plano, puede observarse en el discurso de Carrillo un aire de prudencia, propio de quien está situado aún sobre el filo de la navaja. Faltan los desarrollos en profundidad a que, ante la proximidad del poder, se lanzan sus correligionarios franceses. Incluso es más cautelosa la descripción de los antecedentes históricos del "eurocomunismo".

No obstante, y por encima de esta distancia, motivada por la disparidad de condiciones, hay que destacar la convergencia entre ambas líneas argumentales. Tanto para los teóricos franceses como para Carrillo, el "eurocomunismo" se asienta en una revisión de la trayectoria comunista desde los años treinta, y, en definitiva, del funcionamiento concreto de las "dictaduras del proletariado" vigentes; busca un modelo de transformación válido para las condiciones de la Europa occidental industrializada y, a fin de cuentas, aboca a la exigencia de desarrollar nuevas formas de democracia que acompañen a la constitución como hegemónicas de las clases trabajadoras.

En "Eurocomunismo" y Estado se define, pues, nítidamente una línea política. El contenido de la misma queda, en cambio, algo difuminado. El ensayo de Carrillo se mueve con frecuencia a medio camino entre la construcción teórica abstracta y la reflexión concreta, vinculada a alguno de los aspectos de la vida social y política en nuestro país. Sirva de ejemplo el capítulo sobre "Los aparatos coercitivos de Estado". En su brevedad, las reflexiones que en el mismo se insertan acerca del papel de las Fuerzas Armadas parecen pertinentes y de suma lucidez. Pero se echan de menos desarrollos similares para analizar el problema de la burocracia, por no hablar de los medios de comunicación de masas. Es cierto

que un problema central consiste en lograr que la ideología burguesa pierda la hegemonía en los aparatos ideológicos del Estado. Pero no estaría de más una referencia más amplia a la situación de los mismos en la España actual y a las perspectivas concretas de actuación en este ámbito del Partido Comunista. El discurso tiende en esos momentos a situarse en un nivel de generalización difícilmente traducible a un conjunto coherente de proposiciones relativas a la práctica.

La orientación final queda, en todo caso, perfilada. Se trata de escapar a la reproducción del modelo soviético y al proyecto socialdemócrata de gestión progresiva del sistema capitalista. "Por otro lado, no puede haber ninguna confusión entre eurocomunismo y socialdemocracia en el terreno ideológico —advierte Carrillo—, al menos con la socialdemocracia tal como se ha definido hasta aquí. Lo que se denomina vulgarmente "eurocomunismo" se propone transformar la sociedad capitalista, no administrarla; elaborar una alternativa socialista al sistema del capital monopolista de Estado, no integrarse en éste y ser una de sus variantes de gobierno. Es decir, se propone desarrollar el proceso revolucionario mundial, que hoy es una necesidad social objetiva para salir del *impasse* al que la Humanidad es conducida por el modelo capitalista.

El esquema de Carrillo integra satisfactoriamente la justificación del sufragio universal en la democracia política, así como de las llamadas libertades formales o del papel hegemónico a que han de aspirar "las fuerzas del trabajo y de la cultura", bosquejando el entramado en que deben insertarse los proyectos concretos, de acuerdo con la composición del arco de alianzas en torno a la clase obrera, para desembocar en la cuestión relativa a las formas de democracia de base a insertar en el proyecto de superación del capitalismo.

Queremos decir con lo anterior que en "Eurocomunismo" y Estado se establecen los supuestos generales de la actuación comunista en el marco de la democratización en curso del Estado español. Pero dentro de esas coordenadas generales esperan aún un desarrollo —como el propio Carrillo advirtiera en sus palabras del Eurobuilding— los análisis relativos a la base económica, a las relaciones de clase, al conjunto de transformaciones a introducir en el aparato de Estado, para que dicho proyecto "eurocomunista" de transición al socialismo resulte operativo. ■

## La Capilla Sixtina

### LOS ANSONES ATACAN DE NUEVO

**D**E nuevo, estos valientes hermanos merecen mi atención porque en el plazo de pocas horas demostraron lo mucho que se puede hacer con la herramienta televisiva para Watergates en nuestras vidas y hogares: en el de usted, señora; en el de usted, caballero; en el de vosotros, niños y niñas, abuelitos y abuelitas. Rafael Anson, director general de TVE, metió en nuestra casa a los fontaneros watergatescos el día en que se sacó del sombrero de copa a Leopoldo Calvo-Sotelo para cerrar el ciclo de personalidades políticas entrevistadas por Eduardo Sotillos. En toda campaña electoral, el que habla último habla dos veces, y si el que habla último pertenece al partido del Gobierno, habla muchas veces más, porque el Gobierno es tan criticado como asumido por la preconciencia electoral.

Muy bien. Es evidente la responsabilidad de Rafael Anson en el juego de manos y de imágenes que nos trajo a Calvo-Sotelo como el arcángel San Miguel de la apoteosis suarista, pero, ¿por qué me he referido a los Ansones en plural? Pues porque a continuación, en el programa Fiesta se hizo una apología directa, publicitaria, competitiva de una revista de humor recientemente relanzada y editada por un grupo empresarial al que está muy, pero que muy vinculado Luis María Anson.

De vínculos se trata. El tan estrecho y firme que une a los Ansones con la Moncloa se remonta a aquellos tiempos en que eran los Ansones quienes podían hacer favores a quien ahora está en condiciones de devolvérselos. Hay deliciosas e inevitables historias segovianas de por medio, que no vienen a cuento porque pertenecen al ABC de las pruebas políticas de montaña, de alta montaña. No hay nada lo suficientemente excepcional como para que las reglas del juego de un suave nepotismo sean más toleradas que aceptadas, siempre que cumplan el requisito de no pasarse. Pero es que estos Ansones pisan con lentitud y seguridad haya o no pie debajo y a veces se pasan.

¿Dos desmadres con pocas horas de diferencia son demasiados desmadres? Sobre desmadres no hay nada escrito, y mucho menos en la España del transfranquismo, que reserva para el poder parte de las potencias del viejo Gengis Khan y parte de las potencias de la democracia jeffersoniana. De lo cual deduzco que impunes seguirán los Ansones y expuestos todos al capricho derivado de su sensación de prepotencia. No es que pida yo castigo celestial a modo de plagas de Egipto para castigar la osadía de quienes donde no llegan con la mano llegan con las cámaras de Televisión Española. Me limito a dar testimonio de lo que he visto para que los hermanos Anson se enteren de que lo he visto.

Es decir. El viejo y en el fondo inútil prurito de que a uno no le tomen por tonto. ■

SIXTO CAMARA